

## ¿Enseñar España?


**L**a principal ventaja de una Exposición Internacional es que sólo se puede hacer mal una vez; para la próxima oportunidad serán otros quienes tendrán que equivocarse. El inconveniente es también que sólo se puede acertar una vez. La apuesta es, pues, muy fuerte, pues es imposible recoger velas e intentarlo de nuevo. Ello no quiere decir que no se pueda aprender -y mucho- de otras exposiciones internacionales, bien realizadas en España o fuera. Pero si se trata además de conmemorar un centenario, esa posibilidad se diluye, aun cuando lo realizado en 1892, con ocasión del Cuarto Centenario, debe ser motivo constante de ejemplo y meditación.

**A.** Dentro de pocos meses se abrirán las puertas de la isla de la Cartuja y dará comienzo la más impresionante operación de imagen que ha intentado España; una operación durante la cual millones de extranjeros y millones de españoles observarán, compararán y, sin duda, harán juicios implícitos o explícitos. Una operación de imagen que, sin embargo, no se realiza en el vacío.

Si rebuscamos en la memoria de nuestros contemporáneos encontraremos sin duda imágenes (muchas) referentes a nuestro país. Quizá la más conocida, por su terrible contundencia, es la de Tejero, pistola en mano, haciendo escarnio de un Parlamento atemorizado. Sin duda, otra menos contundente, menos vibrante, pero mucho más afortunada, es la vaga conciencia de una ejemplar transición de la dictadura a la democracia bajo la mirada atenta de una Corona ejemplarmente comprometida con las libertades. Pero detrás de esas imágenes recientes, y por ello superficiales y sin profundidad alguna, sobreviven los viejos estereotipos acumulados a lo largo de siglos: la España imperial de Carlos V o el rey Prudente; la España negra de Antonio Pérez, Guillermo de Orange o Las Casas; la España inculta de Voltaire y la Ilustración; la España romántica de Merimée o Washington Irving; los viajeros ingleses del XIX y los antropólo-

**EMILIO  
LAMO DE ESPINOSA**

*«La principal ventaja de una Exposición Universal es que sólo se puede hacer mal una vez. El inconveniente principal es también que sólo se puede acertar una vez. La apuesta es muy fuerte, pues es imposible recoger velas o intentarlo de nuevo.»*



gos del XX, o la España guerrillera y violenta de Hemingway, Orwell o Bernanos..., todo ello salpicado de fetiches (guitarras, toros, monjas, gitanos y caballeros). Hace pocos años tuve la oportunidad de colaborar en una investigación sobre la imagen de España en los doce países de la CEE; pues bien, resultó curioso constatar cómo los dos países con una imagen más negativa eran también aquellos con los que la memoria histórica mantiene aún querellas ancestrales: la Inglaterra de la Armada Invencible, por una parte, y la Holanda del Duque de Alba, por otra. Plagiando a Zubiri podríamos repetir que la historia somos nosotros aún. El filósofo americano George Herbery Mead, en un lenguaje más próximo a mi especialidad académica -la sociología- diría que somos seres de cultura constituidos por la imagen que de nosotros nos da el espejo del otro.

**B.** ¿Qué corresponde hacer a un país en una Exposición Universal? ¿Qué corresponde cuando ese país resulta ser, además, el anfitrión, el que convoca e invita? Parece que el deber de todo anfitrión es doble: de una parte, tener la casa preparada para el acontecimiento; de otra, hacer que los invitados se sientan cómodos, que participen de la fiesta, que puedan tomar ellos la palabra. Que Barcelona, Sevilla y Madrid estén preparados en 1992 es tarea

*«Que España esté preparada significa que el Pabellón lo esté en sus contenidos, en su mensaje explícito, en su envoltura, en su soporte. Para aquellos que tienen pasado -y ésta es una de nuestras grandes riquezas-, sólo recuperando la memoria se construye la libertad.»*

simplemente esencial; pensemos que la mayor parte de la «experiencia española» de cualquier visitante transcurrirá en aeropuertos, hoteles, taxis, restaurantes, trenes, etc.; es decir, antes o después del contacto estrictamente expositivo, frente a lo cual la artificialidad de este último carece de credibilidad. Esa espontánea experiencia extra expositiva es la base o sustento sobre la que puede y debe tejerse la experiencia artificial de un contexto creado ex profeso. Y ello significa que el mensaje interno -sea cual fuera- corre el riesgo de ser redundante o contradictorio con otro externo. Se trabaja, pues, a partir de estereotipos históricos reforzados sin duda por la experiencia extra expositiva. El mensaje interno -en consecuencia- debe ir más allá de dichos estereotipos sin negarlos -ello no sería creíble-, pero sin insistir en ello (sería redundante).

Pero que España esté preparada significa -para nosotros- que el Pabellón lo esté en sus contenidos, en su mensaje

explícito y (de nuevo) también en su envoltura, en su soporte. Que texto y contexto se conjuguen y refuercen mutuamente. Para ello se ha buscado, de una parte, un edificio cuya estética mediterránea y clásica (entre romana, árabe y castellana) responde a una histórica tradición, que huye de la exhibición tecnológica, pero que es al tiempo -y no por casualidad- uno de los pocos edificios inteligentes del país. Porque la tecnología española -como la italiana- sólo es creíble desde y no contra la tradición estética, y un edificio como, por ejemplo, el centro Pompidou es ficticio y literalmente increíble al menos en España. La especial mixtura de tradición histórica y tecnología, de estética clásica y diseño, se ha pretendido que fuera uno de los esquemas vertebradores de la visita. Trabajar la historia de la pintura española en soporte CD-I o contemplar la variedad de culturas populares en un diorama o un *videowall* ejemplifican esa voluntad de construir el futuro desde el pasado, no abandonándolo, sino enriqueciéndose en él; no

entreteniéndose necrófilamente en la memoria del tiempo perdido, sino proyectándolo críticamente. Pues para aquellos que tienen pasado -y ésta es una de nuestras grandes riquezas- sólo recuperando la memoria se construye la libertad.

**C.** ¿Qué memoria rememorar? ¿Cómo hacerlo? El cómo se contesta fácilmente: con todos aquellos elementos expositivos que la tecnología más avanzada pone a nuestra disposición, lo cual, por fortuna, y en la inmensa mayoría de los casos, no nos obliga a salir de las fronteras. Respecto al qué, la respuesta es más compleja. Simplificando, se trata de rememorar justamente aquello que constituye la esencia misma de la memoria y de la historia, tanto en sentido pasivo como activo; la capacidad de crear lenguaje, lenguaje desde el que se constituye la realidad, de una parte, y en el que se vierte la memoria, de otra. Pues desde los lenguajes construimos el mundo, y a través de ellos recobramos el pasado. Un lenguaje que es, sin embargo, doble: lenguaje hablado o escrito, de una parte; lenguaje icónico, imágenes, de otra. Y esto, que parece casi la conclusión de algún modelo teórico -en gran medida lo es-, resulta coincidir con la experiencia (al menos una vez lo racional se ha vuelto real), pues quizá las dos más grandes aportaciones a la historia universal de esta diminuta península occidental del continente euroasiático son la lengua, de una parte, y la plástica -la pintura sobre todo- de otra. El éxito intelectual y popular de la lengua española no necesita apologetas; en esa lengua se expresan más de 300 millones de personas, y a ella vierten experiencias y mundos tan diversos como la geografía y la historia de sus hablantes. El éxito de la plástica española no necesita tampoco exaltaciones patrióticas, pero algo debe de haber en la luz o la cultura de este país que le ha permitido generar modelos icónicos de primera calidad desde el siglo XIV hasta el XX, con una continuidad y fuerza verdaderamente sorprendentes. La pintura italiana flaquea en el XVIII; la francesa comienza en el XIX; la española se mantiene constante y empuja con mayor fuerza aún a medida que nos acercamos al presente. Si las circunstancias me obligan a mostrar mi casa procuraré evitar lo que divide y resaltar lo que une. Una y otra forma de lenguaje unen por lo que son (modos de comunicar) y por lo que con ello han sabido hacer sus usuarios. Por lo demás (¿será simple casualidad?) nada más democrático que la expresión hablada o plástica; nada ni nadie puede controlarlas.

**D.** Pero que la comunicación sea quizá la esencia tan buscada de «lo» español, al menos una de sus creaciones más originales, nos reenvía directamente a la experiencia histórica de España. Desde la romanización -e incluso antes- España ha sido frontera de la cultura occidental. Y las fronteras son al tiempo barreras y lugares de paso. Como lugar de paso, toda frontera es una vía de comunicación, un lugar de encuentro, de osmosis, de fertilización cruzada, de tolerancia, comprensión, variedad, diversidad. Pero, cuando la barrera desciende, la osmosis deviene cierre; la comunicación, dogmatismo; el diálogo, intolerancia; la variedad, integrismo; la diversidad, homogeneidad. Y ese mismo juego se ha dado dentro de la vieja

*«Desde la romanización España ha sido frontera de la cultura occidental. Tal parece ser el papel que nos reserva el destino: ser canal de comunicación entre el norte y el sur del Mediterráneo y ser también canal de comunicación entre el este y el oeste del Atlántico.»*

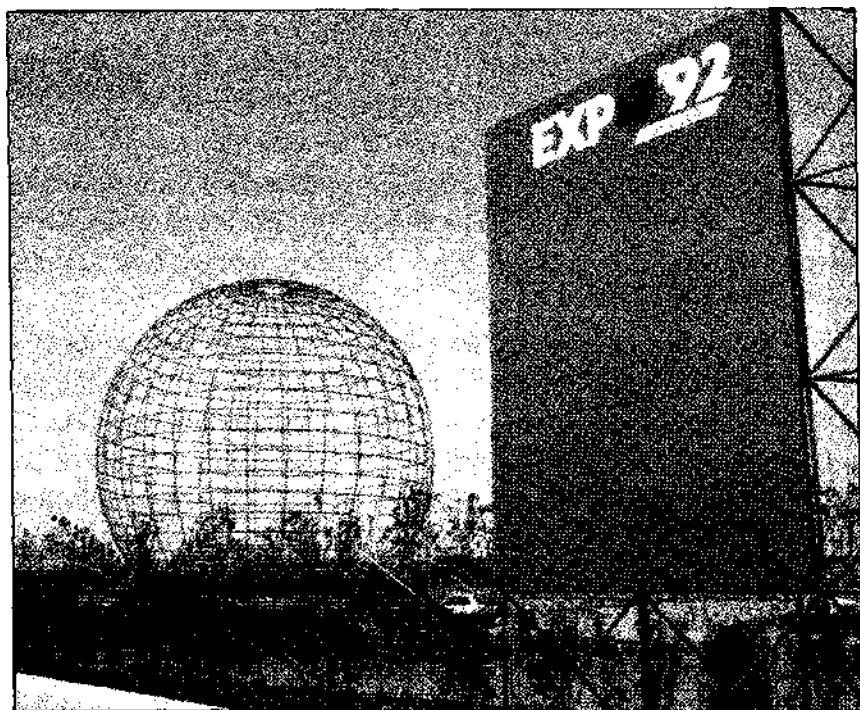


**«No es una visión histórica, pero sí cierta. Cuanto allí se dice puede ser verdad, pero no toda la verdad. Es sólo una exposición de aquello que resulta más relevante, más representativo, más original»**

Corona entre los distintos reinos, trasunto a su vez de la incomunicación física entre regiones de la geografía española, la variedad y diversidad de tipos culturales y la específica configuración -federativa o incluso confederativa- del Estado español. Recordemos que el *sancta sanctorum* de la vieja monarquía de los Austrias era un Salón de Reinos, en plural, abrazados por la Corona. De modo y manera que la frontera estaba surcada y traspasada de fronteras internas. La peculiaridad de la cultura española -esa ambivalente mezcla de intolerancia y búsqueda de lo eterno vs., la amigabilidad y el pragmatismo, ambivalencia que Cervantes expresó mediante dos eternos arquetipos- puede que radique en ese juego de barrera y camino que es toda frontera. Si estoy en lo cierto -y

bien podría estarlo- no debe sorprendernos que la emisión y transmisión de mensajes, escritos, hablados o vistos, haya sido nuestra especialización histórica. Ni el que en esa tarea hayamos sido al tiempo los más abiertos y los más cerrados, los más tolerantes y también -por desgracia- los más dogmáticos, en una tensión vital que traspasa y vitaliza todas nuestras actividades. En todo caso, «se non e vero e ben trovato», puesto que tal papel es el que parece reservarnos el destino para los años venideros: ser -junto con Italia y Francia- un canal de comunicación entre el norte y el sur del Mediterráneo, y ser también -como avanzadilla de la CEE- un canal de comunicación entre el este y el oeste del Atlántico, e incluso, quizá, entre el norte y sur de las Américas. Y ése es también el papel de todo anfitrión: crear las condiciones para que los invitados puedan comunicarse libremente.

**E.** Todo ello constituye, sin más, un entramado de ideas que puede dar lugar a muchas manifestaciones expositivas. Pero trenzado en esa línea argumetal está lo esencial del mensaje: un viejo y variado país, una lengua, un arte. No voy a pormenorizar aquí -no soy tampoco la persona adecuada- las actividades previstas en y por el Pabellón de España. Pero dichos quedan los



Dentro de pocos meses se abrirán las puertas de la isla de la Cartuja y dará comienzo la más impresionante operación de imagen que ha intentado España.

contenidos esenciales de cada una de las dos visitas previstas. De una parte, un recorrido histórico en que se analizará la variedad geográfica, física y cultural, para saltar desde ahí a la variedad histórica de procesos de cultura-ción (culturas primitivas, púnicas, griegas, romanas, visigodas, árabes, judías) y a la gigantesca variedad de la experiencia americana. Una experiencia que tiene en la lengua su instrumento más poderoso, la lengua en la que se pudo (¡por vez primera!) comunicar el universo de unas y otras poblaciones nativas, y a la que se vertieron en numerosas gramáticas amerindias sus lenguas respectivas (como siglos antes ocurrió con el latín que importaron nuestros «conquistadores»). Experiencia que explica y desde la que se proyecta, finalmente, el presente y el futuro de España en una comunidad de pueblos libres. Historia, cultura, arte, geografía, lengua, política, economía, técnica...; todo ello se combina en un recorrido expositivo sobre el pasado, el presente y -lo que puede atisbarse- el futuro de este país.

No es una visión histórica, pero sí cierta; sobre aciertos o errores. No es no se trata de indagar críticamente una crítica. Cuanto allí se dice ocasión ni sitio para hacer histq-es toda la verdad. Es «¡sólo» lio que resulta más re-sentativo, más

verdad,  
pero no  
puede ser  
una



exposición de  
aque-levante, más  
repre-original.